



ENTREVISTA A UN RICO QUE FUE JOVEN

JORGE MIRAS

No me pregunten cómo ni dónde nos hemos encontrado. El hecho es que llevaba mucho tiempo deseando hablar con él y que no ha puesto dificultades. Después de las presentaciones y de un rato de conversación off the record, empezamos la entrevista. Al releer sus respuestas veo bastante claro que bien se podría prescindir de mis preguntas, pero en todo caso cada cual puede formular las suyas, si es que no las encuentra ya respondidas.

—¿Sigue Usted, entonces, decidido a que no se sepa su nombre?

Me mira asintiendo, antes de decir nada. Casi sonríe.

—Nunca me ha parecido casual que así haya quedado escrito. Lo he pensado muchas veces, y lo prefiero: aquel fui yo,



pero ya para siempre es "uno", el "joven rico"... o, mejor, un rico que fue joven por un momento. De ese modo otros pueden encontrarse en ese relato con su propia vida, con su propio rostro, sin quedarse al margen como espectadores, pensando: aquí se cuenta un suceso de la vida de fulano.

—Pero su historia, después...

—Mi historia, después —me interrumpe cordialmente—, es la historia de la gran misericordia de Dios. Su amor, si no nos empeñamos en rechazarlo, tiene siempre la última palabra, más allá de nuestros aciertos y de nuestros errores.

Pero, insisto, por algo ha quedado reseñado aquel encuentro. No es solo mi día —o el que pudo ser mi día—, no son solo mi audacia, mi cobardía y mi tristeza.

Ahí quedan reflejados, para quien los quiera ver, todos esos instantes en los que se



debe decir que sí porque se puede decir que sí, y uno lo sabe. Todos los momentos que nadie debería dejar pasar, porque deciden entre el amor y la vaciedad.

Arqueando las cejas, se inclina un poco hacia mí, con el índice de la mano izquierda levantado casi hasta la frente, en muda interrogación:

—¿Entiendes?

Asiento apenas con la mirada, antes de seguir.

—Pues volvamos a aquel día. Usted llegó corriendo y se arrodilló.

—Sí. Era aún temprano y ya salía de la ciudad Jesús con sus discípulos y otros que le acompañaban. Llegué corriendo y me arrodillé allí, delante de él. Me inspiraba un gran respeto, una profunda veneración. Le había oído enseñar en varios lugares de los alrededores y me había impresionado muchísimo.



La última vez había sido la tarde anterior y, después, casi no había pegado ojo, intranquilo, dando vueltas a todo aquello...

Cuando empezó a clarear ya no aguantaba más en la cama y había salido fuera, con mis pensamientos, a tomar el aire. Entonces lo vi y, casi sin pensar, eché a correr para alcanzarle, decidido a hacerle mis preguntas. Temía que no me hiciera caso, que siguiera su camino y me dejara allí con aquella inquietud tremenda. Por eso me postré, para suplicar, para detenerle un momento...

Mientras habla, me fijo en sus manos, que parecen tener vida propia y van contando la misma historia con sus gestos: ahora están ligeramente extendidas, con las palmas por delante, en ademán de detener a alguien. Sin darse cuenta ha ido bajando la voz, que se ha hecho suavemente expresiva. Le interrumpo, casi sin querer.

—Perdone, pero ha hablado de una gran inquietud. ¿A qué se refiere? ¿Qué pasaba?



Ahora sí sonrías abiertamente, y levantas la cabeza, como quien despierta de un sueño, de un recuerdo.

—Ya veo que estás dispuesto a dirigir la entrevista... Me pones en un aprieto, porque esa inquietud se entiende fácilmente si se ha experimentado, pero es muy difícil describirla. No basta decir qué era lo que me inquietaba, el tema: lo más importante es cómo me inquietaba, la inquietud misma, esa clase de intranquilidad interior.

Cómo lo explicaría... No es un pensamiento, aunque te hace pensar mucho. No es una voz audible, pero dice o, más bien, hace intuir muchas cosas: cosas de amor, de generosidad, de entrega.

Sabes, en el fondo de tu alma, que no eres tú quien te habla, pero insistes en responderte a ti mismo y, sin embargo, no consigues ponerte de acuerdo contigo mismo.



Querrías quitarle importancia, como si fueran ocurrencias, pero no puedes dejar de volver sobre el asunto.

No es que lo pienses: se te viene al pensamiento, y ninguno de los argumentos que te propones para olvidarlo te sirve de verdad. Pasas de aparentar indiferencia a reconocerte intranquilo, y hasta asustado, porque de vez en cuando, como si fuera un relámpago, te acomete una súbita audacia, un presentimiento de cuánta alegría habría en ser generoso, un ardor repentino que te hace creerte capaz de todo.

Pero enseguida te da miedo tu propia valentía y vuelven a la carga, atropellándose, todos esos razonamientos (por más que sepas muy bien que no son del todo verdaderos), que te llevan a decirte de nuevo que vaya ideas tontas se te han metido en la cabeza, como si no estuviera tu vida ya organizada y no supieras lo que quieres; que cada uno tiene su camino y ya sabes perfectamente cuál es el tuyo.



Y luego otro de esos relámpagos –¿y si, a pesar de todo...?–, y una gran ansia de sinceridad, de dejar de disimular y dirigirte de una vez abiertamente al Otro que te habla; y más miedo... ¿Qué, te suena?

Asiento: sé de qué habla, ciertamente. Se ríe con una risa fresca, de niño, y continúa.

–Ya te lo decía yo. Pues así llama Dios a nuestra puerta muchas veces. Ahora lo sé... aunque, a decir verdad, en el fondo también entonces lo supe.

Yo era un buen chico, cumplidor de los preceptos de la Ley de Moisés. Me habían enseñado que, cumpliéndolos, un hombre podía tenerse por justo y temeroso de Dios y que no había nada más deseable en la tierra, así que desde que tengo memoria quise conducirme de manera irreprochable ante el Altísimo.

Crecí en una familia de comerciantes y el Señor nos había bendecido con una notable prosperidad.



Desde que tuve edad, fui aprendiendo junto a mi padre a llevar los negocios que un día heredaría. Al mismo tiempo, me instruía de buena gana en la fe de Israel y mi vida transcurría en una sana placidez. Estaba satisfecho de mí mismo y lo agradecía al Señor, en mis oraciones...

—¿Entonces, la inquietud?

—La inquietud: a eso iba, ten paciencia, que hay que contarlo bien para que se entienda.

Un día unos amigos me propusieron que les acompañara a oír a un Rabí joven, galileo, del que se decían maravillas. Me pareció bien, así que al día siguiente me fui con ellos: era fácil encontrar el sitio porque se veían bastantes grupos por el camino, charlando ruidosamente, y todos iban a lo mismo. Llegamos a un lugar, en pleno campo, donde había ya mucha gente. Al cabo de un rato de espera apareció Jesús por detrás de una loma.



Venía hablando animadamente con un grupo de discípulos que le rodeaban. Uno de mis amigos, que ya había estado antes con él, me indicó quién era.

La gente corrió hacia él y Jesús, sin dejar de caminar, saludaba a todos los que se iban acercando. Muchos le tocaban y le decían algo, pero yo no llegaba a oír lo que les respondía.

El ambiente era de lo más alegre, se sentía uno contento sin proponérselo, en medio de aquel gentío que parecía estar de fiesta. Pasó muy cerca de donde estábamos. De algún sitio llegó corriendo una pequeña-ja que se le paró delante, mirándole muy fijo, con un dedo en la boca; entonces sí se detuvo, la tomó y la levantó en el aire, por encima de su cabeza, la niña reía encantada. La puso en el suelo, le dio un beso y siguió andando hasta llegar a un punto de la ladera en el que todos podíamos verle.

Allí se sentó sobre unas piedras y la gente se fue sentando también.



Jesús, entretanto, recorría despacio con la mirada los distintos grupos, que se apiñaban procurando acercarse lo más posible.

Cuando hubo silencio, empezó a hablar; se le oía bastante bien, aunque recuerdo que cerca de mí había un anciano que preguntaba constantemente a su mujer: ¿Qué ha dicho, qué ha dicho? Y ella, en voz bajita, le iba repitiendo todo, pero sin dejar de mirar a Jesús, como los demás: estábamos suspensos, casi sin acordarnos de respirar.

—¿Y ahí empezó la cosa?

—Ahí empezó. Después le oí más veces, como te he dicho. Era algo muy diferente de todo lo que había escuchado; no te parecían simplemente cosas bien dichas o ideas hermosas. No sé cómo, pero sabías que aquello era verdad y que además era para ti. Y daba vértigo, porque te atraía y llegabas a barruntar perspectivas realmente posibles de tu vida, una hondura y una plenitud que



no habías imaginado antes... Aunque a la vez era como si reconocieras algo muy antiguo, muy querido, y el corazón te cantara de júbilo al volver a casa. Aquella voz no te sonaba solo en los oídos, te llamaba desde lo hondo del alma pidiéndote una decisión. Así que, cuando todo acababa y te marchabas, en realidad era cuando empezaba todo, a solas.

Al menos yo empecé a cuestionarme muchas cosas: mi vida, de la que hasta entonces estaba tan satisfecho, se me aparecía de pronto rutinaria y ramplona, sin amor, sin aquel fuego gozoso que sentía oyendo a Jesús, en una extraña sintonía con él. Por más que me repetía a mí mismo que ya cumplía con todo lo necesario, no me quedaba tranquilo. ¿Y si me estuviera engañando? —pensaba—; ¿y si, después de todo, no estuviera verdaderamente cumpliendo? ¿Y si en realidad mi camino no fuera la senda que lleva a la Vida? Pero no era posible: ¡yo cumplía todo lo mandado!



¿Entonces qué me pasaba, qué me faltaba? ¿Por qué esa inquietud, al pensar en las cosas que decía Jesús? ¿Qué más me estaría pidiendo el Señor?

Y la gran pregunta: ¿Estaba yo dispuesto a hacer lo que me pidiera? ¡Sí! –me decía–, si lo supiera con seguridad...

–¿O sea, que de verdad estaba dispuesto a todo?

–A ratos, creía que sí. Aquella mañana, al correr hacia Jesús, así lo pensaba. En un momento de la conversación le pregunté: ¿Qué me falta aún? Se me quedó mirando, en silencio...

–Siempre me he preguntado cómo sería esa mirada que menciona el Evangelio de San Marcos...

–Ojalá supiera encontrar una palabra que la reviviera para ti. Pero me temo que ni con todo el vocabulario de un poeta sería



capaz, y eso que lo he pensado muchas veces, muchas... ¿Conoces la sensación de encontrar después de años al amigo querido, con miedo de que el tiempo lo haya borrado todo, y leer en sus ojos, como un abrazo fuerte, el reconocimiento y el cariño de siempre? ¿La confianza serena en los ojos de una madre que perdona a su hijo y, sin palabras, le dice: adelante hijo mío, siempre te apoyaré, me fío de ti?

¿La paz y el desahogo después de haber llorado? ¿La certeza del amor que te comprende como tú mismo y no pide explicaciones? ¿El alivio de la luz que, suavemente, se adueña de las cosas y borra todos los miedos de la noche, haciéndolos parecer ridículos?

¿El bullir del corazón cuando de pronto se te hace evidente que vale la pena tu entrega y piensas que no te cambiarías por nadie?

¿El gozo y la cercanía de Dios en la oración más verdadera de tu vida?



De nuevo parece hablar desde muy lejos. Pero vuelve, con esfuerzo visible. Me interroga con la mirada un poco avergonzado, como diciendo: ¿ves como no hay modo? Le devuelvo la mirada, en silencio. Respira hondo y decide seguir con su explicación.

–Algo de todo eso sentía yo cuando me miró. Todo a la vez y en un instante. Entonces, por un momento, me creí capaz de cualquier cosa, presintiendo el amor: fui joven de verdad.

Cuando por fin habló Jesús y me pidió aquello, estuve a punto de decirle: ¡Ahora mismo, Maestro!

Pero enseguida se me vinieron a la mente, en tropel, mil cosas: mi padre, los negocios, los amigos, qué iba a ser de mi vida, mi futuro, ¿era eso realmente necesario?

Tenía que pensarlo, necesitaba tiempo...



Pasó un buen rato, o al menos a mí me pareció larguísimo, y no acertaba a decir nada. De repente sentí un impulso irresistible de marcharme, no podía aguantar aquel silencio. Su mirada era la misma, pero yo la rehuí, avergonzado. Me levanté y me fui de prisa, sin volver la cabeza. No quería que nadie me viera llorar.

–Y Jesús se marchó...

–Siguió su camino. Ya no lo vi más, aunque seguí con ansia todas las noticias que iban llegando. En mi ciudad había un grupo de amigos y seguidores de Jesús, y empecé a frecuentarlos... Pero nunca volví a verlo en la tierra.

Y eso fue lo que pasó.

Suspira, encogiéndose de hombros, mientras se levanta para acompañarme. Yo voy remoloneando hasta la puerta y, yéndome, me vuelvo aún e insisto.



—Pero, después...

—Ya lo sabes: después, la misericordia.

No me arriesgaré a describir la mirada que ahora me envía, pero es alegre y sabia. Con un gesto de saludo se va hacia adentro, arrastrando los pies, y dejo de verle. Yo también me marchó a transcribir todo esto.